

SÓLO otra vez había estado en este París desde donde ahora os dirijo, mis fieles lectores de NUESTRO MUNDO, estas líneas. Fué hace treinticinco años, cuando iba yo á cumplir los veinticinco, al celebrarse la Exposición Universal de 1889, en el primer centenario de la gran Revolución Francesa. Fué el año en que se erigió la Torre Eiffel. Y al volver ahora, al cabo de toda una vida de hombre, ¿cómo me entra esto en el alma? ¿Cómo se despierta y vuelve á mí el París de mis veinticinco años, perdido ya en las brumas del recuerdo que se salió del tiempo? No lo sé aún. Tengo antes que digerir otras experiencias, experiencias de historia y de eternidad también.

Entonces, en 1889, llegué, un muchacho soñador y melancólico, sin pasado y por lo tanto sin porvenir; sin recuerdos apenas y por lo tanto sin esperanzas. Que éstas, las esperanzas, se fraguan con recuerdos como se fragua el porvenir con el pasado, y el progreso se fragua con la tradición. Entonces, en 1889, vine de mi Bilbao nativo cuando todo mi ensueño se cifraba en fundar un hogar, una familia. Hoy..., hoy he venido—me han traído mejor—de la isla de Fuerteventura, cuando todo mi anhelo se cifra en refundar una patria, en asentar en España una sociedad civil libre. Y he recibido la impresión tumultuosa de este París sobre la asentada impresión, hecha ya carne de mi mente, del austero sosiego de Fuerteventura. De Fuerteventura, de donde salí llorando, y donde ha echado raíces incorruptibles mi corazón.

Mi-amigo del alma Crawford Fritch—el que me ha traducido al inglés mi obra sobre el sentimiento trágico de la vida—, que pasó conmigo cuarenta días—toda una cuaresma—en la sedienta isla canaria de los camellos, me escribía desde Antibes, en la Costa Azul, esto: «Vine acá el sábado desde Marsella. Viendo en el tren por la tarde, la belleza de esta costa me sobrecogió—*overwhelmed me*—la fresca, lujuriente vegetación, el suave mar plateado, los brillantes hotelitos blancos, el aspecto de sonriente serenidad y bienestar. Parecía como un paraíso terrestre. Parecía nada real. Parecía imposible que la vida pudiera ser tan sin dureza—*hardness*—, sin austeridad. Sí. Estoy un poco amedrentado de ello. Tengo miedo de ir á dormirme aquí. Hay una especie de sensualidad que incuba sobre todo ello. Aquí el animal en el hombre zapa al espíritu. Usted no hace falta aquí; no hay nada que hacer para usted; el mundo está muy bien como está—no hay nada por qué luchar, nada por qué esforzarse; ir á dormirse y dejar de molestar—*go to sleep and cease worrying.*»

Algo parecido experimenté cruzando, en una tarde dulce, la grasa Normandía, desde Cherburgo, el puerto francés en que desembarqué, hasta este París. Invadíame también un sueño dulce y brumoso, el sueño de la civilización. En esa Normandía, toda ella opulenta encarnadura, vestida de espléndida cabellera verde, recordaba la esquelética Fuerteventura, toda ella hueso calcinado al sol y refrescado por la brisa atlántica.

COMENTARIO

DE

MIGUEL DE UNAMUNO



979

Luego Crawford Fritch, mi inglés, me dice—en inglés—que ahora es cuando se da cuenta de la trivialidad de nuestra civilización, de que la trivialidad es la maldición de la civilización inglesa y que es de trivialidad de lo que hemos de morir—si hemos de morir—, de una muerte inheroica; de que sabemos vivir suavemente, cómodamente, demasiado suavemente, demasiado cómodamente; de que es extraordinario cuán

poco nos ha sacudido hacia arriba—*shake us up*—la guerra; de que ha acrecentado nuestra sed de placeres, y... esto es todo. Y añade estas líneas que leí con el corazón tembloroso, con el corazón concorde y unánime con el de mi inglés. Dicen: «Fuerteventura! Estoy casi nostálgico—*homesick*—de Fuerteventura! ¡Inolvidable isla! Para mí Fuerteventura fué todo un oasis, un oasis donde mi espíritu bebió de las aguas vivificadoras y de donde salí refrescado y fortalecido para continuar mi viaje á través del desierto de la civilización.» Siguen tres líneas que por referirse á mí y á mi acción sobre el que me las dirige suprimo, y añade: «Sí. Creo que iba á dormirme antes de llegar á Fuerteventura; pero ahora estoy despierto de nuevo.»

¿Me dormiré yo aquí, en el suave tumulto de París? ¿Me dormiré al arrullo de los autos, ya que me mantuve despierto al silencio de la marcha sosegada de los camellos?

Se dice que en aquellas Islas Canarias el hombre se aplatana, y el de Fuerteventura, el majorero, pasa en ellas por ser indolente. Pero yo sé que jamás me he mantenido más despierto y que lejos del tumulto de las últimas noticias, del barullo de la actualidad, recibiendo correo cada cinco ó siete días, oyendo la canción brisadora de la mar, la leyenda del Atlántico, al pie de las recortadas colinas peladas, he entrevisto con toda nitidez el esqueleto de nuestra historia, la osamenta de nuestra civilización. Desde la augusta sequedad de Fuerteventura he comprendido el veneno de la sombra del follaje de nuestras instituciones. La mar ha cantado á mi soledad íntima y me la ha encantado.

Viendo las lustrosas y grasas vacas normandas apacentándose en praderas de esmeraldas, bajo un cielo que se derretía en los árboles del horizonte, recordaba—y digería el recuerdo—aquellos escuálidos camellos buscando entre las piedras una escuálida aulaga gris ó haciendo destacar su largo cuello sobre un cielo barrido por el Nordeste.

Pasarán los años; se irá deshaciendo mi memoria; se pudrirá en ella, en mi memoria, su carne y en esta carne los recuerdos que allí encarnaron, pero los que se hicieron hueso de sus huesos, hueso de mi memoria, osamenta del espíritu, esos no se pudrirán nunca.

¡Fuerteventura, un oasis en el desierto de la civilización! ¡Verdad, amigo Fritch, verdad!

París, Agosto 1924.

ORIGINALIDADES DE NORTEAMÉRICA



Un grupo de jóvenes aristócratas norteamericanos tomando el desayuno en las aguas del Río Salado